

Toponimia y cultura en Bolivia

(Tercera de cuatro partes)

La toponimia en nuestro país.

Tratándose del estudio toponímico en Bolivia, tengo otra sospecha: ¡claro que con cargo a inventario! de que no andamos por los mejores caminos. Pocos especialistas incurrieron en tales reconditeces idiomáticas. Nuestra riqueza étnico-lingüística al parecer no ha despertado suficiente motivación para los estudios que necesitan transitar parejos a esa formidable diversidad. Y por si ello fuese poco, la escuela misma ¿no sigue de espaldas a nuestro fecundo acervo toponímico? La curricula regionalizada de la Reforma Educativa está a la espera de su diseño y la introducción de esta temática de vital resonancia para forjar nuestra pluri-identidad. En la Biblioteca Etnológica de la Universidad Católica Boliviana de Cochabamba sólo existen 4 pequeños trabajos de onomástica aymara. ¿Cuántos de esos estudios obedecen a inquietudes estatales? Ninguno. Y si acaso la estúpida bibliografía de etnias del oriente boliviano editada por su acostoso director registra muchas obras sobre lenguas indígenas, ellas no están dedicadas a la toponimia de esos pueblos.

Mencionare a uno de los pioneros del estudio de nuestra toponimia y su relación directa con hechos históricos. Aquella verdad que señalan los investigadores actuales de esta ciencia, ya fue analizada a comienzos de siglo por Bautista Saavedra en su obra *El Ayllu*. Por entonces, este hondo intelectual paceño había defendido a la patria en su litigio de fronteras con el Perú, usando entre otros argumentos el relativo a la toponimia de la región amazónica del país. Escuchémosle sobre dicha trascendencia científica: *La difusión geográfica de una lengua, no demuestra sino que una civilización a cuyo servicio se hallaba ella se extendió por lugares donde estampó su huella imperecedera*. A su vez, Hernando Sanabria remarca: *La toponimia es la base más firme para considerar la posesión real de un territorio*. Mientras que William Denevan, divulgador contemporáneo de la cultura legendaria de Mojos, enfatiza: *La mejor manera de aceptar el origen primigenio de una región, está en reconocer el sentido de los topónimos, pues ayudan a determinar sus antiguas distribuciones tribales*. He aquí, señores, el paradigma histórico de la toponimia para el esclarecimiento de aparentes cuestiones de legitimidad territorial.

Diversidad toponímica boliviana.

Demos ahora una rápida mirada a ciertos topónimos característicos de cada departamento del país. En Chuquisaca, el *Sica Sica* y el *Churuquilla* son vocablos preñados de leyendas. El primero proviene de una tribu aymara que habitaba el lugar y significa "valiente y elevado", con forma varonil. El otro, de los vocablos "Churo" y "Qhella" o caracoles diseminados en sus faldas, de forma suave y curva. ¡Y las 7 colinas sobre las que se edificó la ciudad, o signos de identidad de sus primeros barrios! *Munuykata* o colina sobre la que se edificó la ciudad o sinos de identidad de sus primeros barrios! *Munaykata* o colina del amor; *Ch'arquipata* o colina seca o arrugada; *Kuripata* o colina del bambú americano, caña brava; *Surapata* o colina de la niebla; *Alalaypata* o colina del frío; *Wayrapata* o colina de los vientos y *G'onchupata* o colina del agua turbia. ¿Y que decir de los nombres de la misma ciudad: *Charcas*, *La Plata*, *Chuquisaca* y *Sucre*, topónimos diáfanos para el boliviano informado.

¡*Potojsi*!, "truco", "reventa", "explosión" en lengua quechua, nombrado por el indio Wallpa, o Villa Imperial de Carlos V, acaso no abriga el topónimo universal más celebrado de América durante el coloniaje, por su inagotable riqueza metalífera, quedando relegado el nombre *Sumac Orko*! ¡Todo mortal de la planeta durante el período hispánico soñaba con este otro singular topónimo: "vale un potojsi"! ¿Quién podría olvidar *Llallagua*, la montaña de estano, que catapultó por los cuatro vientos la riqueza de Patiño, que quechua dado a un espíritu benigno que trae abundancia en la cosecha de la papa, a través de dos tubérculos unidos entre sí. La montaña llevó ese nombre por su forma parecida a la de la papa de la buena suerte.

Más al norte por el altiplano, está *Oruro*, otrora también fuente de riqueza mineral, cuyo topónimo devie-

Tesis de ingreso a la Academia Boliviana de la Lengua, leída por Arnaldo Lijerón Casanovas en ceremonia oficial realizada en la ciudad de La Paz, en septiembre de 2000



Kibir que significa "río grande".

Santa Cruz de la Sierra fundada por el conquistador Nuño Chávez, en recuerdo a su ciudad natal en Extremadura. Aunque esta ciudad tuvo otras fundaciones con los nombres de San Lorenzo del Real, de la Barranca y Santa Cruz La Nueva, prefirió quedarse con el primero topónimo, a orillas del río Pirai, cerca de las últimas estribaciones de la cordillera oriental. Por su relevancia histórica, ahí está *Nancahuazú*, río entre farallones, de los muchos vocablos guaraníes de la región cruceña.

Toponimia amazónica boliviana. Algo de contexto. Fabián Vaca Chávez, ilustre hijo de Moxitania y exdirector de esta docta Academia, decía en 1939 en la prensa bonacrense: *A poco de instalarse el poder ejecutivo de Bolivia en la ciudad de La Paz, la prensa continental dio en llamar al gobierno boliviano "el gobierno de la altiplanticie", designación que en los últimos tiempos se ha extendido a la nación entera. Así se dice a menudo "la nación del altiplano", lo que importa un absoluto desconocimiento de nuestra geografía*.

Eso que fue un "topónimo" risueño desde el exterior, halló una tradición psicológica y sociológica en nuestra cotidianidad como país, abogada con la ubicación del gobierno central entre el valle y el altiplano y por una historia económica excesivamente minera, reflejada también en los planes de desarrollo. Esta realidad, cobró fuerza en la escuela y en la visión cultural boliviana, aunque hoy se hacen esfuerzos en sentido contrario, aún se mantiene un perfil andino-centrista y para los estadistas la macanuda geografía del país parece terminar en la arrugada topografía de las montañas, pese a los movimientos indígenas, mojeños y del oriente que desde 1990 sacuden nuestra existencia en la actualidad. La inmensidad amazónica sigue siendo poco menos que una quimera. ¡Cuán nocivo a nuestra unidad y al progreso nacional ha sido aquel imaginario mutilado que, pese a los discursos de aniversario patrio y de aforos proselitistas, reaparece en frases y realidades nuevas como el "eje central" o el "país troncalista"!

Con este trabajo introductorio, desecho tender lazos de confraternidad y afianzar nuestra pluri-identidad, mostrándoles una pequeña porción del caudal toponímico amazónico. ¿Qué debe entenderse por etnias y lenguas amazónicas? Ruego su atención a estas brevísimas referencias antropológicas. Las 361 lenguas existentes en la vasta amazonia continental, quedan reducidas a tres grandes familias étnico-lingüísticas: *Arawak*, *Tupi-Guaraní* y *Caribe*. La primera y la segunda tienen importancia para esta exposición, pues la arawac es el grupo más antiguo con unos 7.000 años y al cual pertenecen dos de los pueblos indígenas más importantes de nuestra región amazónica. Mojos y Baures; en cambio, los Siriono, Yuquis y Guarayos son Tupi-Guaraní. Más, varias etnias no tienen clasificación en el catálogo antropológico: *Tsimane*, *Movima*, *Itonama*, *Cayubaba*, *Yuracaré*, *Canichana*, etc., todas ellas y las anteriores ubicadas en el clásico escenario del Mojos jesuítico. Otras del norteamericano fueron engullidas por el Moloc de la goma a fines del siglo XIX, o soportaron estoicos la mordaza: *Caripuna*, *Chacobo*, *Pacaguara*, *Tacana*, *Araona*, *Ese Eja* y *Cavineño*, hoy partes del drama social de la Bolivia periférica. ¿Me permiten comenzar por nuestra extensa frontera septentrional...?

(Continuará)

Arnaldo Lijerón Casanovas
Trinidad de Mojos, Beni, Bolivia

ne de los vocablos Uru Uru, uno de los remotos parajes de la meseta andina. Cuando fue fundada esta ciudad se llamó *"Real Villa de San Felipe de Austria"*, en honor del monarca reinante Felipe III.

Y estamos en la hoyada de *Chiquiango-Marka*, pueblo del río, topónimo original de la población fundada por Alonso de Mendoza con el antropónimo *Nuestra Señora de La Paz*, para festejar el término de las guerras civiles, intestinas del Virreinato del Perú. Y cual eterno faro luminoso, se yergue impresionante el Illimani, vigia de día y de noche de los habitantes paceños en sus barrios tradicionales: *Natakota*, lugar de lagos; *Sayllamila*, niña vestida de totorilla, hoy conocido como Obrajes; *Sopocachi*, chapotear de mulas en las sendas de barro, aunque también significaría cueva del diablo.

Kjocha Pampa, llanura pantanosa en el valle del poblado indígena de Kanata, sirvió para organizar otro núcleo español en la colonia llamado *Villa de Oropeza*, en homenaje al título del Virrey Toledo. Nació junto al río que recibió el nombre de *Rocha*, antropónimo del capitán Martín de la Rocha que lo desviara para trabajos agrícolas. Después, la ciudad adoptó el nombre de Cochabamba, rescatando así su topónimo original. El gobierno municipal resolvió hace poco recuperar el topónimo *Kanata* por Cercado, apelativo español. Y el castellanoizado vocablo quechua *Aiquile*, descanso para los viajeros entre Cochabamba y Sucre.

Y en lo más sureño de la patria, en un valle de floridas campiñas, está *Tarja*, nombrada así en honor del conquistador Francisco de *Tarja*, expedicionario de Almagro, al término de la región dominada por el indomable chiriguano. ¿Qué sería del chapaco sin su *Guadalquivir*, hidrónimo heredado de aquel río andaluz del topónimo árabe Wadi al-